

AYMER GRANADOS, COORDINADOR. *LAS REVISTAS EN LA HISTORIA INTELLECTUAL DE AMÉRICA LATINA: REDES, POLÍTICA, SOCIEDAD Y CULTURA*. MÉXICO: JUAN PABLOS EDITOR / UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-CUAJIMALPA, 2012, 328 pp.

*El hombre es la medida de todas las cosas,
menos la de los hombres y de los pueblos.*

David García Bacca

Como nítida expresión de las maneras contemporáneas de producción de conocimiento en las ciencias sociales y humanas, la historia intelectual –en específico la de síntoma Atlántico y significada por su sino de lengua española–, parece haber llegado a un fructífero estado de móvil equilibrio entre su implícita ambigüedad teórica y metodológica y las formas y procedimientos empleados en la elaboración del sentido que, propiamente, la distinguen al interior de las disciplinas históricas.

Evidencia de ello es el libro *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, que es ya el quinto producto editorial del Cuerpo Académico de Historia Intelectual de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa.

Constituida por catorce trabajos de diversa índole, aunque aglutinados en torno a la delimitación de las revistas como “nudos-espacios” en los que se hacen visibles los modos concretos de interconexión entre las temáticas enunciadas en el subtítulo, la virtud de inicio de la publicación estriba en la cohesión del sentido final logrado tras la integración de las partes y que enuncia la contextura de la historia intelectual como ámbito de conocimiento permeado ya por el tránsito de los esquemas epistemológicos sustentados en la noción de interdisciplina, hacia otros radicados en una observación de corte transdisciplinario.

Por eso, más allá de las atribuciones procedimentales de aprehensión y conformación de los acontecimientos y su representación, visibles y evaluables a distinto nivel en cada uno de los artículos reunidos por Aymer Granados, la valía del libro radica en su unidad como punto crítico de un estado de la cuestión propiamente historiográfico y que tiene que ver con la modu-

lación de las ciencias históricas en conformidad con las nuevas postulaciones de la experiencias al interior de las sociedades complejas.

Esto es, a la constelación de temáticas que de por sí enuncian la originalidad, la valía y la pertinencia de la historia intelectual como disciplina específica dentro del campo de las ciencias históricas, se suma una aguda condensación de nuevas maneras y perspectivas de entender la relación entre los modos de la operación y la función historiográfica como práctica investigativa y, advertidas en conjunto, como dispositivo enclave de la producción del pasado como objeto del estudio de la historia.

Desde la exegesis del título, lo que permea es la proyección positiva del anacronismo como matriz de sentido: desde la prevalencia de conceptos y metáforas vinculadas a la noción de *espacio* propio de la poshistoria –el recurso a mapas, campos, fronteras y demás atributos del léxico cartográfico–, hasta la saturación semántica del vocablo *red* como código de acceso a la comprensión de las experiencias y los discursos de los hombres en el tiempo.

Lo radical de la trasfiguración significa, sin embargo, algo más que el simple trastoque de uno de los prejuicios teóricos más caros de la tradición histórica moderna y sitúa la pretensión de la historia intelectual dentro de los márgenes más generales de la epistemología y de la historiografía como observación de segundo orden.

En tanto que articulación de sentido, las distintas propuestas de acceso al pasado intelectual de América Latina, así como su resolución particular en términos discursivos, convergen provenientes de su implícita unicidad, en una matriz de significados que enuncia ya la prevalencia de la perspectiva y la observación como las categorías fundantes de un nuevo régimen epistemológico para la historia y, sin que sea, propiamente, su finalidad, de la cultura como el lugar en el que se gestan redes y espacios como factores condicionantes del intercambio de símbolos e ideas y ámbito originario de la conformación del artificio político y social.

La pérdida de centralidad del sujeto en aras de las “relaciones impersonales que se traducen en contextos concretos y determinan la forma en que los individuos interactúan entre sí”, que como “clave metodológica” emplea Estrella para definir el “campo filosófico” que explica el nacimiento y consolidación de *Dianoia* como núcleo de expresión de las redes filosóficas mexicanas; la categoría de *sociabilidad* con que Granados hace explícita la concatenación del “campo cultural” y el “campo intelectual” o, consistentemente, “campo literario”, como el lugar donde Alfonso Reyes intenta la traducción escritural de las experiencias de la convivencia intelectual marcadas por el régimen de la oralidad ilustrada; la condición concéntrica de la explicación histórica que explicita los matices de sólidas relaciones entre acontecimientos y estratos de la historia solo en apariencia disímbolos, como la que se desprende del análisis

que Yankelevich realiza sobre la “Razón Demográfica de Estado” visible en el itinerario de la revista *Población, Migración, Turismo*, o el acceso de múltiple nivel que permite la mirada de José Alberto Moreno a las “redes de difusión del pensamiento conservador” a través de *El Mensajero del Corazón de Jesús* –y en la que el anacronismo se traduce en una propositiva manera de ensayar la historización de la complejidad– y, en fin, en la simple condición de recepción que acompasa los trabajos de Popovitch sobre Althusser y *Los Libros* y de Pérez Daniel acerca de *Ruta* y el realismo socialista, la crítica revisión de Ana Elisa Santos sobre el grupo Hiperión o la evidencia literal contenida en la intención misma de los textos de Maarten von Delden relativos a *Plural* de Octavio Paz, de Naranjo y Bernabéu a *Tierra Firme* y de Miguel Orduña a *La Mesa Llena*, en cada una de estos espacios nudo de los afectos, el pensamiento y el quehacer escritural latinoamericano, acontece como ciega determinación la condición de la cultura como el espacio genérico desde el cual se constituye el sentido temporal íntimo de las comunidades y de la comunicación como dinámica bajo la que se ejecuta su concreción en tanto que contenido de lo real –y su pasado.

Desde una perspectiva de este corte, la Historia Intelectual parecería estar abocada a la crítica de la cultura y, a partir de mediaciones básicamente historiográficas, a dislocar los presupuestos políticos –de ningún modo epistemológicos– sobre los que se ha sustentado la marginación de las valencias y saberes simbólicos o no literales de la fusión de los horizontes históricos.

Como disciplina productora de conocimientos específicos, la práctica investigativa de la Historia Intelectual pone en evidencia sin embargo también la racionalidad operativa de los procesos y operaciones de restitución del pasado en el tiempo y, al abordar la circunstancia misma de los lugares de su producción y las relaciones tras-personales que los conforman –el mapeo conceptual e intersubjetivo de las coordenadas espacio-temporales–, provoca un efecto reflejo de auto-contrastación de su lógica argumentativa y el carácter de su función social.

El rendimiento del anacronismo como dispositivo teórico de la historia, bajo el contorno de su disposición como campo de lo intelectual, ocurre así a un doble nivel de la tarea historiográfica: por un lado, en el marco de constitución de la verdad histórica, la complejidad de los mecanismos con que procede la observación contemporánea ha redundado en la complejidad de la propia asunción del pasado como objeto de relaciones y comunicaciones en el entorno ineludible de la producción cultural –si no es que de lo estrictamente simbólico–, y, por el otro, bajo el palio de la conciencia de lo contingente como matriz de significación de la fragilidad y del alto coeficiente de improbabilidad que permea el ámbito de la cultura como creación y distinción –perspectiva que disloca en tanto que retorno del pensamiento trágico las atribuciones futuroológicas del historicismo como modernidad y del presentismo como residuo posmoderno–, el anacronismo configura la predisposición del

pasado como reiteración y eleva con ello la función cultural de la historiografía como detonante crítico del hacer político o más ampliamente social.

El postulado que vincula en la publicación la generalidad abstracta de lo intelectual con los haberes escriturales de lo latinoamericano como identidad atlántica de lengua española, conduce al redescubrimiento de la historia como invención y a la relatividad extrema de la tradición como palabra heredada que ha de ser reescrita en los términos de lo que hasta ahora en ella ha permanecido oculto por la simplificación historicista, coincidente por lo demás con la postura “ingenua” del realismo mágico y su transfiguración alquímica en identidad política de síndrome ucrónico.

Como vía crítica del “pasaje a occidente” contemporáneo, la Historia Intelectual, al elevar los presupuestos mismos que le dieron origen como máximas de su observación historiográfica, parece haber abierto desde su milenaria síntesis de lo latino y lo americano, una peculiar mirada sobre el pasado en la que la culturización de la operación y la función del conocimiento histórico, le habría otorgado viabilidad al término de una lejana paradoja con la que se anunciaría además el cierre de lo moderno como provisionalidad: los estudios de recepción de Reyes, Villoro o Paz, como condición de necesidad para la comprensión del ciclo que viene.

La red como metáfora cultural de la posibilidad atemporal de las democracias de la diferencia. O el anacronismo como fondo ideal –intelectual– de “la comunidad de los sin comunidad”.

Luis Arturo Torres Rojo

Universidad Autónoma de Baja California Sur-México

MANUEL LLORCA-JAÑA. *THE BRITISH TEXTILE TRADE IN SOUTH AMERICA IN THE NINETEENTH CENTURY*. NEW YORK: CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS, 2012, 380 pp.

The British Textile Trade in South America in The Nineteenth Century es la nueva publicación que nos presenta Manuel Llorca-Jaña, historiador económico y profesor de la Universidad de Santiago de Chile. Nos encontramos ante un libro que explora uno de los ámbitos menos cultivados por la historiografía económica mundial: el comercio exterior británico en la América Latina, durante la primera mitad del siglo XIX.

Este período que se caracteriza por la incorporación de las economías latinoamericanas a las economías europeas, en la época posterior a la independencia, tiene como contraparte la gran expansión del comercio británico, especialmente hacia América del Sur. En palabras de Halperin, “entre 1808-1812, los comerciantes aventureros británicos llegaron a Río de Janeiro,